

CONCLUSIONES DEL INFORME ANUAL DEL BANCO DE PAGOS INTERNACIONALES DE BASILEA (*)

Este informe cubre un amplio panorama de pasados desarrollos, pero, mirando hacia el futuro, los problemas a resolver hoy por los responsables de la política económica difieren notablemente de los del pasado.

El hecho nuevo más notable, que cubre desde el presente inmediato al futuro a medio, e incluso a largo plazo, es sin duda la aparición de los 15 estados resultantes de la disolución de la Unión Soviética, que luchan por conseguir un nuevo orden político y económico. A un ritmo extremadamente rápido los países sucesores de la Unión Soviética se han unido a los antiguos satélites de la misma en el duro camino necesario para salir del callejón sin salida a donde el socialismo y la planificación central les habían conducido. En capítulos anteriores nos hemos referido a algunos aspectos de esa lucha. La integración de las repúblicas sucesoras de la Unión Soviética en la economía mundial es un prerequisite indispensable para el éxito, un punto que trataremos de nuevo al fin de estas conclusiones. Esos nuevos estados deberán no caer en la tentación de crear barreras entre su comercio mutuo y deberán permitir que sus nuevas relaciones económicas se vayan desarrollando sobre la base de los precios de mercado mundiales y del principio de la no discriminación en su comercio exterior. Esto requerirá sobre todo una ruptura firme con el pasado que establezca como base de sus economías un sistema de precios libres y el necesario control fiscal y monetario. Lo mismo se aplica a otros países de Europa Oriental, que aún no han vencido las dificultades de la transición, aunque muchos ya han progresado considerablemente durante la misma. La fatiga en la reforma, que aparentemente se está extendiendo, no debería debilitar la resolución de las autoridades de perseverar en la realización de los necesarios ajustes.

Los países en desarrollo continúan ocupando una parte importante del panorama mundial. Justo después que la vieja dicotomía Este-Oeste ha perdido su significado, está apareciendo otra en el mundo en desarrollo, separando los países que avanzan rápidamente de los que se quedan atrás. Quizá no se debería emplear la misma designación para ambos. Esta división no es del todo precisa, ya que algunos de los países que el año pasado crecieron rápidamente necesitan consolidar los buenos resultados pasados; el que la reforma no pierda impulso puede depender también de extender los avances recientes a los países -por lo general los más pobres- que más sufrieron en los pasados años de estabilización. En más de un sentido los extremos en el abanico del subdesarrollo se están haciendo cada vez más divergentes: en un extremo se van reduciendo gradualmente las áreas de miseria; en el otro es cada vez más urgente intensificar estrategias específicas destinadas a ayudar a los que se encuentran en peor situación. Además la preocupación por el medio ambiente mundial ha añadido una nueva dimensión a la relación entre países pobres y ricos; luego volveremos sobre esto.

La incertidumbre respecto a las perspectivas del mundo industrializado determina los problemas de política económica a resolver de inmediato. Lo más probable es que esta incertidumbre se resuelva pronto gracias a una recuperación, al menos en los países que cayeron los primeros en la recesión hace casi dos años. Eso aumentaría la demanda en los países en una fase del ciclo no tan avanzada. Un optimismo similar existía el año pasado y resultó prematuro, lo que no quiere decir necesariamente que el optimismo actual no sea razonable, aunque aconseja cautela. Un conjunto de factores apoya hoy ese optimismo. La reanimación de la inversión en la construcción en Norteamérica y en Australia, a pesar de retrocesos ocasionales, sugiere que la baja en los tipos de interés ha estimulado esa actividad. La carga del servicio de la deuda privada ha bajado notablemente, especialmente en EE.UU y en Gran Bretaña; parece que las familias y empresas norteamericanas han hecho algunos progresos en la reducción de sus deudas a niveles soportables. Además, una menor inflación debería ayudar a que no decaiga la reanimación de la actividad.

(*) Traducción de Ricardo Cortes.

A pesar de esos signos esperanzadores, ¿es posible que haya elementos en la situación actual que impidan volver al ritmo de crecimiento que se consideraba usual?. En concreto, ¿es posible que la recuperación, incluso si ha comenzado ya, vaya a ser débil?. El que esta recesión haya sido más larga de lo que se esperaba podría quizá indicar que existen esos nuevos elementos, aunque hay que tener presente que la recesión no ha sido severa según los estándares del pasado salvo en un pequeño número de países. Una carga de deuda excesiva y una deflación de precios de los activos reales, identificados como la causa del retraso de la recuperación en algunos países son sin duda inquietantes, ya que figuraron de un modo prominente en la Gran Depresión según explicaciones de la misma recientes y antiguas.

Sin embargo sería más bien exagerado establecer paralelos entre la situación actual y la del principio de los años 30. Es innegable que hoy se comprenden mucho mejor los mecanismos básicos del funcionamiento de la economía y que hay mucha más voluntad de cooperación internacional si todos los interesados se dan cuenta de que es necesaria. El volumen mucho mayor de los presupuestos gubernamentales de hoy en día tiende en todo caso a proteger el nivel de demanda, mientras que el sistema presente de regulación está mucho mejor equipado para impedir una crisis financiera sistémica. Podemos hacer estas afirmaciones con toda confianza. Es cierto que las políticas macroeconómicas sobre la demanda se están encontrando con problemas en muchas áreas y continuarán encontrándolos. Estas dificultades no son de despreciar, ya que la defensa principal contra riesgos de baja en la actividad en los países industriales consiste precisamente en esas políticas.

Quizá más importante que contrarrestar posibles bajas en la actividad económica es saber qué hacer para aumentar la vitalidad estructural de las economías industriales y para vencer los impedimentos resultantes de ciclos con grandes oscilaciones en los precios de los activos y de un exceso en la carga de la deuda. Pero ante todo: ¿Cual es la opinión actual sobre la efectividad de los instrumentos de política económica?.

Al empezar los años 80 los EE.UU. adoptaron una política fiscal de fuertes rebajas de impuestos, de la que se esperaba que no sólo no reduciría los ingresos presupuestarios, sino que los aumentaría, al estimular el crecimiento económico. No fue así. El déficit presupuestario creció fuertemente y continuó a un nivel elevado. Otros países también tuvieron fuertes déficit presupuestarios. La segunda mitad de los años 80 fue por lo tanto un período de consolidación en la mayoría de los países industriales. Enfrentados con pagos por intereses que absorbían hasta el 20% de los ingresos corrientes y que seguían creciendo, esos países fueron llegando uno tras otro a la conclusión de que había que tomar medidas radicales aumentando los impuestos o reduciendo el gasto público, o ambas cosas. Una recuperación duradera de la actividad económica ayudó a rebajar los déficit e incluso a eliminarlos por breve tiempo en unos pocos países. Pero pronto resultó evidente que una acción por drástica que fuera para restringir los déficit de poco servía para contener -y no digamos reducir- la proporción de la deuda respecto al PNB. Esta amarga experiencia ha hecho que los gobiernos estén muy reacios a permitir que los déficit aumenten de nuevo. Lejos de estar dispuestos a utilizar activamente la política fiscal para reactivar la economía, algunos países incluso han tendido a contrarrestar el aumento automático del déficit que resulta de una baja en la actividad económica. Solamente Gran Bretaña y Japón adoptan un punto de vista ligeramente diferente, al haber avanzado mucho más que otros países en el camino de la consolidación fiscal.

La creencia antes vigente de que los gobiernos podían estabilizar fácilmente la renta nacional no tenía en cuenta los efectos de la falta de simetría en los efectos de la política fiscal en la mayoría de los países. El funcionamiento mismo del proceso político convierte irresistiblemente en gasto público la mera posibilidad de excedentes presupuestarios. En esas circunstancias no tiene sentido esperar que el sector público vuelva a estar en superávit y se amortice gran parte de su deuda tan pronto como desaparezca la necesidad de estímulo fiscal. Y esto es esencial para mantener los instrumentos de política fiscal listos para de ser utilizados en caso de necesidad. Si se permite que los déficit continúen, acabarán por crecer por sí mismos sin necesidad de otro estímulo, al producir un aumento automático del gasto público para pago de intereses de la deuda, tanto mayor cuanto más alto sea el nivel de los tipos de interés nominales. También sería útil establecer la regla de destinar el gasto adicional a inversiones públicas más que al consumo público, y elegir los proyectos sobre la base de su producto probable a medio plazo.

Por todas estas razones no podemos confiar en la política fiscal para evitar altibajos en la marcha de la recuperación. Sin embargo en casos de emergencia económica esas consideraciones pasan a segundo plano, y lo que importa es un remedio rápido; ante un riesgo de ese tipo un empleo activo de la política fiscal podría evitar que economías industriales cayesen en la depresión. La política fiscal puede muy bien producir el estímulo inmediato necesario para ello.

A pesar de todo, para mucha gente la política macroeconómica es prácticamente lo mismo que la política monetaria. Los bancos centrales, gracias a su monopolio en la creación de moneda, pueden controlar con gran precisión los tipos de interés a corto plazo en el mercado monetario doméstico, y pueden utilizar esta facultad para influenciar la marcha en el tiempo o la banda de fluctuación de otras variables financieras, como algún agregado monetario, el tipo de cambio de la valuta nacional o incluso, si bien con limitaciones, los tipos de interés a largo plazo. La elección de la variable financiera a controlar dependerá esencialmente de factores como el tamaño del país, sus mecanismos institucionales y sus obligaciones internacionales. Los tipos de interés a corto plazo, y cualquiera otra variable que el banco central decida controlar, influyen en el ritmo de actividad de la economía real y en los precios. Pero desde hace tiempo se sabe que sus efectos están sujetos a retrasos largos y variables. Desde hace mucho tiempo se debate si aquí también se da una asimetría básica: sin duda alguna la política monetaria acaba por ser efectiva cuando se utiliza de forma restrictiva, pero su grado de efectividad para estimular la actividad económica no está nada claro. Recordemos algunas metáforas tradicionales: la "trampa de liquidez", "se puede tirar de una cuerda, pero no empujar con una cuerda"⁽¹⁾.

Los efectos deseados de la política monetaria pueden retrasarse por culpa de expectativas negativas. La experiencia reciente de los EE.UU. parece confirmar que no se puede contar con resultados rápidos y predecibles cuando la política monetaria se aplica para conseguir una expansión de la economía.

La experiencia de dos países europeos -Alemania y Suiza- con un historial estimable en la lucha contra la inflación demuestra que una política monetaria restrictiva puede encontrar dificultades formidables, en Alemania por culpa del fuerte aumento de la demanda causado por la unificación y exacerbado por aumentos de salarios y de impuestos indirectos. A veces las autoridades monetarias suizas no han querido seguir los aumentos de los tipos de interés alemanes y como consecuencia el tipo de cambio del franco suizo ha bajado. El impulso inflacionario consiguiente ha sido reforzado por la extensa indiciación implícita prevalente en la economía suiza, que ha anulado en gran parte el efecto moderador de la subida de precios derivado de los altos tipos de interés. Aparte de esos dos casos, sin embargo, las perspectivas de dominar la inflación han mejorado. En prácticamente todos los países industriales la reducción de la inflación ha sido el objetivo principal de la política monetaria. Hay quien considera incluso que la estabilidad de precios debería ser el único objetivo del banco central. Aunque ningún país ha conseguido reducir a cero la inflación, muchos tienen tipos de inflación tan bajos que sus efectos distorsionadores sobre decisiones y estimaciones económicas han sido prácticamente eliminados. Esto tendrá probablemente efectos favorables sobre la demanda, y aunque no la estimulará directamente, aminorará el impacto de retrocesos inesperados en el camino de la recuperación. El hecho de que el período más reciente de expansión ha sido uno de los más largos desde la posguerra puede que sea debido en gran parte a su menor inflación.

Un tercer campo de actuación de la política económica consiste en las diversas medidas y reformas estructurales que en los últimos años han atraído una atención creciente en el debate económico tanto nacional como internacional. En algunos terrenos, como por ejemplo el de los mercados financieros, la creciente interdependencia entre países ha dado un fuerte impulso al proceso de reforma. La competitividad internacional ha jugado un importante papel al diseñar reformas impositivas y al tomar medidas para reforzar las fuerzas del mercado en los mercados de productos. Un hecho positivo a este respecto es que en varios países los altos porcentajes de utilización del equipo industrial no han conducido a un aumento de la inflación, sino que se han reflejado más bien en mayores beneficios y en un aumento de la inversión. El funcionamiento del mercado de trabajo también ha mejorado gracias a una mejor formación profesional y a la eliminación de rigideces, aunque todavía falta mucho por hacer para que el desempleo baje hasta los niveles usuales hace tiempo. Igualmente se progresa despacio hacia la reforma de la política agrícola, que como media supone costes de casi un 2% del PNB en los países de la OCDE. Otro campo donde hay mucho por mejorar es el de las inversiones en infraestructura, perjudicadas en muchos países por cortes desafortunados del gasto público. La política de privatizaciones de muchos países podría ayudar a aumentar a medio plazo la inversión en infraestructuras.

Queda por dilucidar la cuestión de si hay ciertas influencias especiales que podrían amortiguar sensiblemente la recuperación. En concreto, el aumento de la volatilidad de los precios de los activos reales y la excesiva carga de la deuda, ¿podrían ser una rémora duradera a la actividad económica?. Ya hemos mencionado que al menos en EE.UU. están aumentando los signos de mejora de la carga de la deuda. Los balances de los bancos y de las empresas se están haciendo más sanos, debido en parte a mayores beneficios y en parte a nuevas emisiones de acciones. Los balances de las economías domésticas muestran una tendencia similar. Hay también

(1) [NOTA DEL TRADUCTOR: El propio Keynes fue el autor de esas expresiones].

que tener en cuenta que los precios de los activos reales probablemente oscilan más que los de bienes y servicios. En la medida en que los activos reales generan corrientes de ingresos y a causa el coste de oportunidad de poseerlos, sus precios están sometidos a la influencia de oscilaciones en los tipos de interés y en sus costes de reposición. Los ciclos de evolución de los precios de estos activos pueden ser agravados por cambios en las expectativas de inflación, dependiendo de las posibilidades de cubrirse contra esos cambios de que disponga el propietario. Errores en la política económica pueden producir fluctuaciones más violentas en los tipos de interés y en las expectativas de inflación. Por ello una volatilidad excesiva en los precios de los activos reales puede muy bien ser el reflejo de una falta de calidad y de constancia en la política macroeconómica del país.

Puede también revelar debilidades en la política macroeconómica, especialmente a causa de una carga de deuda excesiva y de problemas de balance de las empresas en bastantes países. La manera de realizarse la desregulación del sector financiero permitida por las autoridades es un ejemplo importante al respecto. El capítulo VIII contiene una descripción y un análisis de este proceso. Baste aquí con atraer la atención sobre algunas enseñanzas importantes que de él se derivan:

- La desregulación debe hacerse con rapidez, pero a un ritmo que permita a los participantes en el mercado prepararse para el nuevo entorno, mediante mejores controles internos, reestructuración u otros ajustes en sus estrategias comerciales, mejor adiestramiento del personal, etc..
- Hay que guardar un justo equilibrio entre la desregulación de los diferentes segmentos del mercado financiero para asegurar que la competencia entre ellos no sufre distorsiones importantes.
- Mejor que fijar cuándo debe hacerse la desregulación, es decir cuándo no debe hacerse. No debe hacerse cuando la economía está entrando o ha entrado ya en un auge intenso. Desde luego no es fácil determinar la fecha, dado el período de gestación relativamente largo de algunas medidas desreguladoras.
- La desregulación debe acompañarse con un refuerzo en la supervisión, estableciendo las reglas del juego (las normas básicas de Basilea sobre reservas de capital son un buen ejemplo) y con una política macroeconómica apropiada, especialmente respecto a la política monetaria.

Si se presta la atención debida a estas reglas no hay razones para temer que continúe habiendo distorsiones en el terreno financiero que puedan dificultar seriamente la recuperación económica.

Además del panorama general de la situación presente en los países industriales que acabamos de diseñar, hay algunos aspectos particulares que merece la pena mencionar. Un hecho importante es que los mercados de cambios globales han aguantado bastante bien el impacto de políticas monetarias divergentes en los grandes países industriales, en realidad mucho mejor de lo que podía esperarse a la luz de previas experiencias, en las que causas relativamente menores han causado grandes distorsiones. Es posible que este mejor aguante sea en parte fortuito, debido a que otros factores, generalmente políticos, contrarrestaron el año pasado gran parte de los efectos de cambios de los tipos de interés en los mercados de cambios. Sería aventurado esperar que siempre vaya a ocurrir lo mismo. Además, aunque desde luego los tipos de cambio flotantes entre las valutas más importantes no han permanecido completamente estables en términos reales, desde el Acuerdo del Louvre en 1987 se han podido evitar grandes distorsiones. Sin duda ello se debe en parte a que los gobiernos se han comprometido a mantener una mayor estabilidad de tipos de cambio, reforzada a veces por intervenciones coordinadas y muy visibles en los mercados de cambio y por políticas domésticas orientadas hacia la estabilidad.

Las opiniones sobre el futuro del Mecanismo de Tipos de Cambio (MTC) del Sistema Monetario Europeo (SME) difieren; son optimistas o pesimistas según se enfatizan oportunidades o riesgos. Dado el acuerdo plasmado en el Tratado de Maastricht, y suponiendo que sea ratificado y aprobado por los referéndum que tendrán lugar en al menos dos países, en cierto sentido se ha demostrado la validez de la política de realizar de hecho la unión monetaria. Como prácticamente no ha habido realineaciones desde 1987 podemos considerar que desde un punto de vista técnico es posible conservar la presente estructura de tipos de cambio dentro del SME hasta que se fije definitivamente al empezar la tercera etapa de la unión económica y monetaria. Como los mercados tienen confianza en que se mantendrá el compromiso de no cambiar los tipos de cambio, esta creencia en su estabilidad ha permitido reducir

gradualmente el premium que los otros miembros del SME han tenido que ofrecer sobre los tipos de interés alemanes para impedir eventuales fugas de capitales hacia el Deutschmark (DM).

Pero para que estos otros países tengan el juego suficiente para permitirlos fijar sus tipos de interés a corto plazo por debajo de los alemanes, es necesario que aumenten las expectativas de que el DM va a depreciarse respecto a las otras valutas del SME -algo que no va a ocurrir dado el compromiso mismo del SME de mantener estabilidad en los cambios, pero que si ocurriera sería de muy mal agüero para la estabilidad general de los precios europeos. Por ello los tipos de interés a corto plazo de los otros miembros del SME, aunque tengan tasas de inflación menores que la alemana, previsiblemente tendrán que continuar ligados al alemán. Al mismo tiempo tienen que admitir que Alemania en el momento actual, cuando faltan todavía cuatro o seis años para la unión económica y monetaria, tiene derecho -algunos dirían obligación- a seguir la política monetaria necesaria para asegurar un grado aceptable de estabilidad de precios. Está claro que no va a ser fácil pilotar la transición.

Por ello algunos temen que el período de transición a la unión económica y monetaria podría suponer una tendencia hacia la deflación aún más pronunciada que la implícita -según muchos- en la disciplina fiscal exigida por los criterios de participación. Esos temores son exagerados. Los efectos de altos tipos de interés reales sobre la actividad económica han sido sorprendentemente benignos durante largos períodos. Por ello deberíamos guardarnos de asociar con demasiada firmeza altos tipos de interés con un crecimiento débil. Podemos esperar que los responsables de la política económica en los países del SME se mantengan firmes y aguanten este período difícil para conseguir la unión monetaria europea. Por ello pesa sobre los hombros de las autoridades competentes alemanas la grave responsabilidad de reducir a términos aceptables su inflación y su déficit presupuestario.

La mayoría de las discusiones en curso sobre la situación de las economías industriales se centra en cómo volver de nuevo a un crecimiento considerado "normal". Cálculos sobre el potencial de crecimiento de las grandes economías industriales varían entre el 2,5 y el 3%, quizá incluso hasta un 4% en el Japón. Si el ritmo de crecimiento se mantiene largo tiempo por debajo de su potencial se teme, no sólo que aparezcan problemas fiscales, sino también que el paro suba por encima del nivel actual, ya alto comparado con el pasado. Independientemente o casi de este debate, hay otro sobre el nivel futuro de la actividad industrial que se está haciendo cada vez más intenso. Hace 20 años el Club de Roma planteó la cuestión de si habíamos topado con el límite máximo al crecimiento económico, y la primera crisis del petróleo en 1973 demostró a todo el mundo que había que tomar en serio ese problema. Pronto se observó, sin embargo, que ese análisis carecía de una base económica satisfactoria al no tener en cuenta reacciones de los precios y del mercado. No se puede decir sin más que los recursos disponibles se acabarán si continúan sus precios y su consumo al nivel actual; hay que tener en cuenta que una escasez creciente de los mismos hará subir sus precios, reducirá su consumo y producirá un efecto de sustitución a favor de recursos menos escasos. Esas reacciones se produjeron a la vista de todos después de la primera subida del precio del petróleo, y se hicieron gradualmente más débiles hasta que disminuyó la escasez y se completó el ajuste a los nuevos precios.

Independientemente de los méritos de las diferentes posturas en el debate anterior, hoy, 20 años más tarde, han aparecido otras cuestiones sobre el medio ambiente que influyen sobre las posibilidades de crecimiento económico. Cada vez más gente está convencida de la urgente necesidad de proteger la atmósfera terrestre, lo que puede suponer desviar recursos para defender la naturaleza en una escala que restringirá necesariamente el crecimiento económico al absorber fondos que de otro modo se destinarían a inversiones "productivas". Hay quien arguye que la protección al medio ambiente sólo puede conseguirse con un mayor crecimiento económico, que es la única manera de generar los recursos necesarios. Es cierto que las economías más exitosas son también las que pueden realizar mayores esfuerzos al respecto. Pero casi nadie arguye que basta esforzarse en conseguir un crecimiento intenso creyendo que eso basta para atender al cuidado del medio ambiente.

Es evidente que se necesita una acción específica, que no tiene que ser necesariamente una reglamentación directa y extensiva. En muchos casos los objetivos deseados respecto al medioambiente pueden conseguirse de modo más eficiente mediante el mecanismo de precios. En este área el progreso depende de una cooperación global, no sólo porque muchos aspectos son sólo una parte de un problema global, y porque las inversiones necesarias son enormes, sino también porque juegan consideraciones de equidad comercial. Distorsiones de la competencia debidas a diferencias entre la intensidad de la protección al medio ambiente entre diversos países podría hacer que muchos de ellos estuviesen reacios a tomar medidas de protección. Esas preocupaciones son sentidas en los países industriales, pero además son muy importantes en las relaciones Norte-Sur. Los países en desarrollo quieren tener lo que los

desarrollados ya tienen. Argumentos que implican el negarles los medios para que progresen y que recomiendan restringir el aumento de la población son considerados por algunos países en desarrollo como pura hipocresía, como un intento de los países desarrollados de defender su privilegiada situación respecto a los pobres.

La materia es de lo más compleja, comprendiendo cuestiones como el crecimiento de la población, los límites en la disponibilidad de energía y los riesgos tecnológicos de contaminación como subproducto de la producción y del consumo, para mencionar sólo las más debatidas. En algunos casos se dispone ya de medios técnicos para resolver problemas específicos; en otros casos se podría resolverlos dedicándoles recursos suficientes, aunque el tiempo necesario para encontrar soluciones podría ser largo. Además puede que el mundo no sea lo suficientemente rico para aplicarlos todos. Esto apunta a un problema básico: ya es muy difícil dar de comer a la población mundial con métodos de producción que no perjudiquen demasiado al medio ambiente; aumentos de población a un ritmo elevado como los que están ocurriendo año tras año nos obligan a una carrera contra el reloj verdaderamente escalofriante.

Volviendo a los problemas de política económica más inmediatos, que conciernen tanto a los países industriales como a los en desarrollo y a los en transición entre ambos estados, el punto final a tratar en estas Conclusiones es el futuro del actual sistema de comercio internacional. La incertidumbre actual sobre la actividad económica en los países industriales tiende a desarrollar sentimientos proteccionistas y a animar a que se tomen medidas de comercio "administrado"⁽²⁾. Pero sería trágico si el movimiento hacia un mercado libre en los países que antes seguían el sistema de planificación central y la adopción de políticas más orientadas hacia el mercado por parte de los países en desarrollo resultase mucho más difícil a causa de la erección de nuevas barreras al comercio por parte de los países industriales. Hoy en día las mercancías que los países en desarrollo pueden exportar -productos agrícolas, textiles y vestimenta- están entre las más protegidas por los países industriales. Además la importancia creciente de los bloques comerciales tiene sus peligros: si no se acompaña con una baja notable de las barreras comerciales frente al mundo exterior producirá desviación del comercio en vez de creación. Desgraciadamente hay muy pocas pruebas de semejante rebaja de las barreras externas. Al incluirse en el Tratado de Maastricht el artículo 115 del Tratado de Roma los países miembros de la CE pueden tomar (con el consentimiento de la Comisión) medidas unilaterales "ad hoc" frente a importaciones procedentes de terceros países. Esto incluso está en contradicción con la idea de un verdadero mercado único dentro de la CE.

Los argumentos en favor del libre comercio son casi tan antiguos como la economía misma desde que ésta empezó a ser estudiada con seriedad, y son irrefutables en una escala global. El libre comercio produce una mejor asignación de recursos y por lo tanto fomenta el crecimiento. La fuerza del proteccionismo descansa en el hecho de que concede favores especiales a grupos relativamente pequeños muy conscientes de sus intereses particulares y que los defienden con más fuerza en el terreno político. Por el contrario los costes del proteccionismo se difunden entre toda la población, es decir entre todos los consumidores, y por ello son más difíciles de identificar. Además los beneficios del comercio libre tardan más tiempo en hacerse sentir, lo que supone una desventaja al defenderle en el terreno político. Cuanto más democrático y menos expuesto a grupos de presión sea el sistema político, más tenderá a ser fuerte la opinión en favor del libre comercio.

Estas consideraciones tienen un paralelo político interesante. El comercio libre ayuda mucho a que las pequeñas naciones reciban en la esfera internacional el mismo tratamiento que las mayores. Sólo una observancia estricta del principio de libre comercio basado en mercados abiertos protege contra posibles abusos de poder político por parte de los grandes países para obtener ventajas a costa de los demás.

El riesgo de proteccionismo en un mundo que no acata el principio de libre comercio desanima las inversiones de capital a largo plazo, al hacer inseguro el acceso a los mercados extranjeros. Además no hay que suponer que las medidas proteccionistas vayan a proteger necesariamente los puestos de trabajo y el equilibrio de la balanza corriente del país que las toma, porque a la larga tienden a ser compensadas con ajustes en el tipo de cambio. Aunque las industrias protegidas obtendrán un beneficio, las no protegidas del mismo país -y si se trata de una zona de países con tipos de cambio fijos también las de los demás países miembros- sufrirán a consecuencia de un tipo de cambio menos competitivo. En resumen, las medidas proteccionistas, en especial las no tarifarias⁽³⁾, no

(2) [NOTA DEL TRADUCTOR: es decir, fijando cuotas supuestamente voluntarias de comercio bilateral].

(3) [NOTA DEL TRADUCTOR: cupos, contingentes, etc.]

sólo son en gran medida ineficaces desde el punto de vista del empleo y de la balanza de pagos, sino que también crean incertidumbre y causan serias distorsiones en la alocaación de recursos producida por los precios.

El buen funcionamiento de la economía mundial depende en gran medida del comportamiento de los países industriales. La mejor contribución que éstos pueden hacer para ayudar a los países en desarrollo y a los que ya están en vías de transición hacia una economía de mercado, es dejar que sus productos entren libremente en los mercados de los primeros. Si los países industriales tienen en cuenta imparcialmente los intereses de sus propios ciudadanos y el beneficio a largo plazo que conseguirán, se darán cuenta que las medidas en beneficio de los menos desarrollados no suponen en realidad una carga para sus propias economías. Como decía el comunicado final de la reciente reunión del Comité Interino del FMI dedicada a la Ronda Uruguay, "es absolutamente necesario que las negociaciones tengan éxito".

En resumen: hay signos crecientes de que la economía de los EE.UU. está saliendo de la recesión y que la mejoría de bastantes datos fundamentales -como la proporción del servicio de la deuda sobre los ingresos de las economías domésticas y de las empresas de los países industriales, la deuda exterior de los grandes países en desarrollo y las perspectivas de inflación- acabará haciendo que ocurra lo mismo en otros países. Por lo tanto no está justificado un pesimismo generalizado creyendo que es inminente una depresión o una crisis financiera mundiales, no sólo a causa de las señales de optimismo que acabamos de mencionar, sino también porque disponemos de instrumentos de política económica capaces de impedir que eso ocurra. Sin embargo es mucho más difícil predecir el ritmo, la forma o la amplitud de la futura recuperación. Al mismo tiempo está claro que, en primer lugar, la política fiscal no podrá estimular de modo sensible el crecimiento a escala mundial, y en segundo, que no sería sensato emplear indiscriminadamente la política monetaria para conseguirlo.

Sin embargo, a pesar de esas limitaciones, los responsables de la política económica disponen de importantes medios de acción. Las autoridades monetarias deberían asegurarse de que su capacidad para prevenir, o al menos dominar, posibles crisis, una capacidad que ha sido bien demostrada en el pasado, no ha sido perjudicada por los rápidos cambios ocurridos en el panorama global de unos mercados financieros integrados globalmente y con grandes innovaciones. Como la capacidad de los gobiernos para acelerar el crecimiento con medidas sobre de la demanda ha disminuido, deberían concentrar sus medidas de política económica en mejorar los datos fundamentales de sus economías. Para aumentar la flexibilidad de los mercados de trabajo y de producto de las economías industriales es preciso acudir en primer lugar a medidas de política estructural. El que Alemania, volviendo a una de sus mejores tradiciones, pueda controlar las tendencias inflacionarias allí aparecidas, es algo muy importante no sólo para Alemania misma y para el resto de Europa, sino también para la economía mundial. Para que los países latinoamericanos y de Europa Oriental que ya han conseguido ciertos éxitos puedan continuar progresando, es indispensable que continúen con sus políticas de estabilización. Igualmente las repúblicas sucesoras de la Unión Soviética, si quieren progresar, deberán seguir el mismo camino. Finalmente, la tarea más importante es no sólo preservar sino también reforzar el sistema de libre comercio multilateral, extendiéndole a los países en desarrollo y a los excomunistas. Sin ese sistema las grandes oportunidades surgidas de los cambios políticos radicales de los últimos años no podrán ser aprovechadas. Quizá no sea utópico expresar la esperanza de que el consenso que parece estar apareciendo sobre el mejor modo de manejar la política económica acabe haciendo que todos los países, siguiendo su propio interés rectamente considerado, se inspiren cada vez más en las medidas que tomen en sentimientos de solidaridad internacional.